

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 13 DE MAYO DE 1923

NÚM. 20.056

IMPRESIONES DE
UN CAMINANTE

LA FLORENCIA CIVIL



La Plaza de la Señoría nos muestra, en fin, la Florencia laica, concentración visible de poder, una de las más intensas metrópolis del mundo, ya que no de las más ricas en extensión de dominio. Salimos de San Marcos y consagramos la jornada de hoy a esta nueva Florencia. Y nos preguntamos: ¿se corresponden esas dos Florencias? En la sugestión que nos comunica esta plaza ¿se mantiene el rastro de la Florencia liliat y mística? La primera impresión es afirmativa. Nada más gracioso que la irregularidad de este recinto tras de cuyas fachadas emergen torres esbeltas, dominadas por la masa oscura del Palacio Viejo y su belico torreón. La *Loggia dei Lanzi* abre su pórtico lleno de mármoles inmortales. Entre el Palacio Viejo y la Loggia, el Palacio de los Oficios deja ver su galería de pórticos en una vía delicadamente señorial.

Pero, cuando profundizamos en nuestra contemplación, vemos que esta Plaza es una perfecta escala de valores. Florencia fué una sede de gracia, pero también de fuerza. ¿No lo fué también Atenas? En el Domo, en el Baptisterio, en el *Or San Michele*, en San Marcos, hemos visto la tradición de la gracia florentina; hoy vamos a ver la de su fuerza. El espectáculo está saturado de elocuencia. Una escolta de estatuas circunda el Palacio y se agrupa bajo el gran pórtico. Figuras contemplativas, abismadas en alguna visión ultraterrena, como las del *Angélico*, o en la serenidad inasequible, como las diosas helénicas? No. Todas esas estatuas son triunfos y divinizaciones de la violencia: la copia del *David*, de Miguel Angel; el grupo de *Hércules y Caco*, de Baccio Bandinelli, al cual puede asimilarse el drolático grupo de Francesco de Rossi *Hércules y Diomedes*, cuya composición sería difícil explicar aquí, y que se encuentra en la sala de los Quinientos, en el interior del Palacio; el león de bronce, copia del llamado *Marzocco*, de Donatello; la estatua ecuestre de Cosme I, por Juan Bolonia; la propia fuente de Neptuno, de Ammannati, con la opulencia de sus náyades y el empuje de sus

caballos marinos... Cerca de ella, una placa de bronce, con el busto de Savonarola, eterniza, no la expiación del Profeta inmolado en aquel sitio, sino la expiación de la ciudad pecadora, el rescate de su riqueza y de su gloria sangrienta, la compensación de esta plaza misma, llena de formas carnales, ofrecidas a la idolatría de la belleza. La Florencia liliat y mística levanta aquí su grito de redención contra la otra. Y acosados por la sombra terrible del Ferrarense, o acaso alumbrados en la noche naciente

por la antorcha de su hoguera, divagamos bajo la *Loggia dei Lanzi*...

Continúa la hostigación de los mármoles violentos: Donatello dejó aquí su *Judit y Holofernes*; Juan Bolonia, su *Rapto de las Sabinas* y su *Hércules derribando al Centauro Neso*; más allá, Menelao levanta el cuerpo exangüe de Patroclo; un león de mármol avanza bajo las arcadas; y, en fin, el bronce juvenil y atlético de Benvenuto plasma eternamente el gesto triunfador de Perseo...

Estamos, pues, ante el *Perseo* de Ben-

venuto Cellini. Apoyados en las molduras magníficas del pedestal, unos trabajadores discuten triviales asuntos. A nosotros, hombres venidos de otras tierras, nos parece irreverencia peligrosa esa familiaridad con la herencia inmortal; pero nada más dulcemente sugestivo que esa participación de las grandes sombras y de su obra inmortal en la vida cotidiana de Florencia. La *Loggia dei Lanzi* no tiene la frialdad necropolita de los museos. Tiene valor dinámico. Sus estatuas tienen una ciudadanía familiar y eterna. Si la *Loggia* no es ya el sitial de las solemnidades en que la Ciudad, como abstracción semidivina, se hacía visible ante el pueblo y dialogaba con él, tampoco es ya el cuerpo de guardia de los lansquenetes, como hizo de ella Cosme I a manera de símbolo de su autoridad tirana. Pero sin duda es todavía la *Loggia*, la Lonja, la sede civil de Florencia, el Domo laico, el corazón de la urbe, el plasma de su ciudadanía; una especie de *Rostra*, un Foro, que espera la palabra viviente y alada de los tribunos. Nos parecía oír, bajo sus bóvedas, la confidencia de la ciudad gentilísima, el eco de sus pasiones y turbulencias, la mezcrolanza de sus grandezas y de sus crímenes...

Este lugar es el escudo civil de Florencia, su forma heráldica, dispuesta para el troquel de sus monedas y el puño de sus dagas. ¿Pues qué? ¿Acaso no estamos ante la huella gigantesca de uno de sus hombres representativos? Ahí está el *Perseo*. Levanta sobre nosotros el brazo izquierdo con la cabeza de la Gorgona chorreando, y empuña con la diestra su alfange; curva la pierna zurda y se apoya la derecha sobre el cuerpo truncado en cuyo cuello borbotea la sangre. Las alas del casco forman una corona heroica. ¿Será cierto, como imaginaba José Enrique Rodó, que esa estatua dialoga, sutilmente, con la vecina reproducción del *David* de Miguel Angel? Lo que sé es que una y otra descubren una misma espiritualidad, a la cual he aludido ya en otro comentario: la juventud victoriosa, la bella armonía entre las formas gráciles y el insospechado vigor. *David* y *Perseo* son mitos paralelos en diferentes almas colectivas. Florencia asume una y otra, porque riman con su alma juvenil y atlética. Miguel Angel la transfiere en su inspiración bíblica, como



BAILARINA.—POR E. DEGAS

Benvenuto la estiliza con su cincel pagano. Botticelli, más etéreo, más cercano a la Florencia liliál y mística, creó bajo ese mismo impulso la figura de su Judit, demasiado floral para ser violenta. Pero el tema de David fué una inspiración tópica en Florencia, porque provenía de las fuentes vivas de su ser. Así veremos también el *David* de Verrocchio en el Palacio Viejo y el de Donatello en el Palacio del Podestá.

Pero más aun que el *Perseo*, lo que nos interesa ahora es su autor. Benvenuto Cellini y Nicolás Maquiavelo, en dos modalidades muy diferentes, encarnan una misma Florencia, conjunción equívoca y turbadora de la gracia y la fuerza. ¿Fué esa unión un contubernio? Sin duda, pero conservó su virtualidad inmortal. Comparemos con esta visión viva de Florencia el recuerdo de Roma. Roma fué siempre fuerte, pero jamás supo ser graciosa. Su fortaleza no se atemperó con la gracia, sino con la justicia; el derecho fué la disciplina y el freno de su brutalidad original. Cuando su norma jurídica se extinguió, sus tiranos quisieron salvar la herencia estética que habían recibido de los griegos, y, repetidamente, acudieron a Atenas para renovar ese tesoro. Pero su gesto continuó siendo brutal; no fueron púgiles en el estadio, sino en el circo; hubo siempre una voluntad de espectáculo en su esfuerzo. No se contentaron con ser victoriosos, sino que quisieron ser triunfales, esto es, aparatosos, escénicos, arrastrando bajo los arcos un cortejo oriental inflado como el de un sátrapa o de un rey persa. Nerón cantando sus poemas es un bufón paródico. Ese *Perseo* florentino tiene sin duda, también, alguna pesadez de formas; pero su gesto es verdaderamente alado, con aquella agilidad volátil que alcanzó su máxima expresión en el *Mercurio* de Juan Bolognia.

¿Qué muestra *Perseo* a la Ciudad, desde ese Pórtico? Muestra la cabeza del adversario interno. Es un santo al modo civil, un protector urbano como aquellos Dioscuri del Capitolio, que en su encarnación cristiana se llamarán en Florencia Cosme y Damiano. La desnudez de ese torso apolíneo de bronce es una ofrenda de belleza. Así la gracia se alió con la fuerza para que ésta pudiera ser bella. Por esto la fuerza romana, que no supo ser graciosa, llegó a perder su belleza. Florencia, cuando su lirio se marchitó, cuando se extinguió el perfume de la celda del Angélico, quedó entregada, sin compensación, a la estirpe ruda de sus *condottieri*. Pero éstos, que antes pudieron ser bárbaros porque la otra Florencia velaba por el tesoro de belleza y de gracia, sintieron que se impropriaba en ellos un alma de Pericles y de Augustos, una generosa prodigalidad de Mecenas. Fundiéronse las dos tradiciones florentinas, y aportaron a ella los artistas una renuncia de la antigua pureza espiritual, y aun de la varonil violencia indignada del Alighieri, para ser los apoyos de la autoridad principesca. Perdida la integridad espiritual de la gracia, sólo importó la belleza de la fuerza. Si el fin era bello y destinado a la victoria, ¿qué importaban ya los medios? Maquiavelo, alma que había recibido como en una patera romana el caudal pagánico, mezcló con él la sutileza de su alcurnia florentina. Su vida fluctuó entre la defensa de las últimas libertades de su ciudad y la adulación de los instintos aviesos de su Príncipe. No alcanzó a ser un émulo de los romanos que se aferraron a su integridad republicana en los días de César, y puso la resonancia inmortal de su voz en una obra que debía desvirtuar el sentido ateneo de la palabra *Señoría*, esto es, capitalidad

ciudadana, jerarquía, magistratura y magisterio, aristocracia en el puro sentido de extracción de minorías selectas, educadas para la conducción, para el ducado.

Junto a Maquiavelo, la vida de Benvenuto, tan bella como inmoral y aun malvada, desorienta las ejemplaridades. Temperamento de *condottiero*, último gúelfo en el asalto de Roma por el César germánico, en su vida picaresca y sensual desbordóse el Renacimiento; y sobre sus pecados sangrientos la indulgencia papal diseñó significativamente una absolución... En su taller cinceló, sin

duda, la jofaina para que los nuevos Pilatos lavaran sus manos, rojas de la sangre del Justo; forjó también la daga florentina, la famosa daga simbólica, cuya empuñadura esplendorosa sirve de rescate a la agudeza traidora de su filo. Pero también es verdad que esa daga sirvió algún día para la venganza justificada de algún Lorenzaccio. No ciertamente al modo romano, a la manera sombríamente ruda de Marco Bruto; sino también a la florentina, aliando con la ficción bufonesca y la tercera lacayuna el celo ardoroso por la libertad.

Gabriel ALOMAR

DESPUES

Cuando un día veas que tu vida ya es vieja,
y en las noches de invierno, junto al cálido hogar,
aún pretenda tu mano, temblorosa, hilvanar
el enredo sutil de tu blanca madeja,

en tu pecho también sentirás que forceja
un recuerdo olvidado, pretendiendo aclarar
la madeja de un sueño, que te hará suspirar
al notar que es amor, que se aleja... se aleja...

Y un fantasma fugaz surgirá de las llamas,
y, apagada, una voz te dirá: —¿Ya no me amas?
Tú, sorprendida, y como si no me conocieras,

dirás: —¿Ese, es... aquél? Yo, con voz lenta y triste:
—Soy aquél que aún te es fiel; soy aquél que no existe.
Dime, ahora que he muerto, ¿me quisiste de veras?

Ricardo PERMANYER

VOCACIÓN

A los diez y siete años Jenaro Limoges estaba cansado de vivir. Acosado por los acreedores, perdido en el seno de la urbe populosa, sin amigos, sin dinero y a punto de ser arrojado del misero cuarto que le servía de cárcel y de albergue, pensaba obstinadamente en el suicidio. Antes de ejecutar esta postura y trágica determinación, decidió intentar por última vez a la fortuna, y escribió una carta al gerente de cierta Casa bancaria solicitando ser recibido unos minutos en audiencia. Jenaro Limoges carecía de conocimientos especiales para apoyar una petición de empleo; pero poseía una letra maravillosa, detalle con el cual imaginaba que podría tal vez interesar al director. En efecto; fué recibido. Por el momento no había ninguna vacante; pero se le tendría en cuenta para la primera oportunidad. El director era un inglés de cierta edad, irreprochablemente vestido, amable, correctísimo; pero de una frialdad grave y educada, muy británica. Escuchaba atentamente las desventuras que le contaba el joven, cuando se presentó un empleado llamándole. Quedó un momento solo Jenaro en el despacho. Hasta entonces no había advertido el lujo maravilloso y llamativo de aquella pieza, relativamente pequeña: espejos, cuadros, divanes, alfombras, pieles, tapices... Advertíase sobre todo (y esto revelaba el carácter del director) un sinnúmero de objetos raros, preciosos, minúsculos, sobre la mesa de trabajo y en una amplia estantería adosada a la pared. Eran cosas superfluas y exquisitas, que revelaban su origen oriental. Diríase que aquellos objetos eran un vivo recuerdo de algún viaje por Egipto, la India y el Japón. Jenaro Limoges reparó, sobre todo, en un cofrecito de oro que podría caber en el bolsillo del chaleco. Y rápidamente se apoderó del cofrecito. Momentos después despedíase del director, prometiendo volver en el plazo señalado. Media hora más tarde había empeñado el cofrecito en veinticinco duros.

Hacía mucho tiempo que no almorzaba tan bien como aquella mañana. Es indudable que una buena digestión engendra ideas optimistas. Esto parece un disparate, porque todo el mundo es de opinión que las ideas no brotan del aparato digestivo. No lo niego; pero afirmo que la potencia digestiva favorece la fecundidad cerebral. Jenaro estaba contento, sin cuidarse poco ni mucho de las posibles consecuencias de su robo. Pagó la cuenta del almuerzo y, como le quedaban aún más de cien pesetas, compró a continuación dos billetes de lotería de cincuenta pesetas cada uno, pero de un mismo número. Tenía seguridad absoluta de que le había de tocar el «gordo» por duplicado.

—Son trescientas mil pesetas—se dijo. Faltaban tres días para el sorteo. ¡Setenta y dos horas que habían de transcurrir para él en mortal inquietud y angustia! Porque es el caso que el primitivo optimismo y buen humor se agotaron con la extinción absoluta de las últimas pesetas. Y estaba sombrío, nervioso, como enloquecido. Hubiera deseado hallar uno de esos narcóticos de película y quedar sumido en un sopor letárgico hasta el día del sorteo.

Naturalmente, no le tocó el «gordo» a Jenaro Limoges. Ni el segundo, ni nada. En el estado de desamparo y tristeza en que se hallaba, sólo vislumbró dos caminos: uno, amplio, desolado y frío, que conducía a la eternidad: el suicidio; el otro, oscuro, tenebroso: la cárcel. Tenía diez y siete años y el corazón latía con ritmo vigoroso, enérgico. Para morir era todavía temprano. Optó por la cárcel. Y entonces escribió al director del Banco su segunda carta, dándole cuenta del robo y enviándole la papeleta de empeño. La juventud es fecunda en rasgos generosos y heroicos. Pongamos a nuestro personaje diez años más, y entonces no escribe la carta. Reflexiona, mide las consecuencias y se calla. ¡Ah! Es posible que entonces no hubiera robado ni juga-

do al azar toda su fortuna. Por reflexión también.

Pero, contrariamente a lo que era lógico que aconteciese, el inglés (inglés había de ser) quedó maravillado de asombrado. Hasta entonces no había advertido la falta del cofrecito. Y montando en su auto, se dirigió a casa de Jenaro Limoges. La sorpresa de éste no fué pequeña viendo llegar al director del Banco. Más razonable en su infortunio, aguardaba a la Policía.

—¿Por qué me ha escrito usted esa carta?—dijo el inglés, sin más saludos ni ceremonias.

—Para que se me castigue.

—No pregunte por qué ha robado usted. Conozco su situación. Pero veamos: ¿cómo ha invertido el dinero? ¿Ha gastado usted ciento veinticinco pesetas en tres días?

—No, señor. He jugado a la lotería cien pesetas. He sido tan niño, que pensaba ser a estas fechas dueño de sesenta mil duros de premio.

—Y niño es usted todavía. ¡Sesenta mil duros! ¡Cosa más extraña! ¿Y para qué tanto dinero?

—Para realizar un sueño que tuve cierta noche y que desde entonces es en mí una obsesión.

—¡Hola, hola! Es curioso. Cuente, cuente—dijo el inglés, ya sumamente interesado.

Se apoderó de la única silla que había en el cuarto. Jenaro tomó asiento en la cama. Igual que en los cuentos de hadas, el desgraciado joven concibió una rosada esperanza de venturas sin fin, y pensaba que aquel señor correcto, frío y grave no era el director de un Banco, sino un príncipe mágico de cuento árabe. Y empezó a decir la verdad:

—Soñé que inesperadamente entraba en posesión de una cuantiosa fortuna. En seguida mandaba construir un gigantesco automóvil blindado. En él había dormitorio, cocina y otro departamento en donde había de llevar yo toda suerte de armas defensivas: escopetas, pistolas, rifles, hachas, espadas... Así todo dispuesto, solo, único habitante y señor de aquella movable fortaleza, emprendería el camino hacia el centro de Africa, hasta llegar a los bosques profundos donde el hombre no ha penetrado todavía y en donde podría yo admirar en toda su salvaje libertad y fiereza los leones temibles, cuyos rugidos estremecerán las selvas milenarias; y los tigres ágiles, y las panteras, y el elefante, lento y gigantesco, con los mil y mil monstruos de la naturaleza salvaje, fecunda, inexplorada y bravia...

—Es curioso, es curioso—murmuraba el inglés—. Usted ha soñado eso; usted ha pensado eso... Es original. Dígame: ¿será usted capaz de escribir ese fantástico viaje con todo detalle y a modo de cinta cinematográfica?

—Sí, señor—contestó Jenaro.

—Pues hágalo en seguida y esmérese en su trabajo. Que sea todo lo fantástico y novelesco posible. Que sea un argumento de película, ¿entiende? Creo que tiene usted imaginación para triunfar en este nuevo género literario. Soy también director de una poderosa Empresa: el *Cinema Canadá*. Si me gusta su argumento le abonaré trescientos dólares y será usted autor de la Casa.

Una semana después recibía Jenaro el dinero ofrecido. Estaba encantado el director del *Cinema Canadá*.

—Va a ser un film estupendo—dijo. Jenaro podía ya soñar nuevas películas. Había acertado con su vocación y tenía un porvenir brillante.

Roberto MOLINA

LA FIESTA DEL SANTO

SAN Isidro fué un humilde agricultor, de estirpe mozárabe, nacido en el moruno Magerit, o en sus alrededores, hacia el año 1081 de nuestra Era.

Contemporáneo y súbdito del redentor de Toledo, de doña Urraca, del emperador D. Alonso, de Sancho el Deseado y del rey de Castilla que venció en Las Navas a los almohades, murió, después de una dilatada e irreprochable existencia, en 1172, si damos crédito al historiador de las grandezas de Madrid, dos

años antes, si nos atenemos a lo que dice Basilio Santorio.

Como son innumerables los escritores hispanos y aun extranjeros que desde el siglo XIII, y siguiendo las huellas del llamado Juan Diácono, han referido y ensalzado los hechos principales del bienaventurado labrador, éstos son bastante conocidos.

Una vez que su amo Iván de Vargas se hallaba sediento y fatigado, el Santo hizo salir de entre varias rocas un chorro de agua cristalina, a fin de que el buen caballero no se molestara en ir a beber al río Manzanares; otra vez, gracias a los rezos de Isidro, libróse de morir un párvulo, hijo suyo, que se ahogaba dentro de un pozo; en distintos lugares y ocasiones socorrió milagrosamente, no sólo a hombres, mujeres y niños acongojados por el hambre, sino a multitud de avejillas de Dios que no encontraban en el campo «con qué se mantener».

La leyenda, según la cual mientras el bendito labriego se dedicaba a la oración dos ángeles le sustituían en el trabajo, es admitida por los historiadores españoles; mas casi todos ellos rechazan, como no probada por modo suficiente, la tradición que identifica al bondadoso Isidro con el desconocido pastor que el 14 de julio de 1212 condujo a los cristianos a la cima de Muradal y les puso en condiciones inmejorables de conseguir la victoria denominada el Triunfo de la Santa Cruz.

Aunque otra cosa se crea generalmente, el Patrón de Madrid no fué canonizado hasta el 12 de marzo de 1622, día glorioso en que también quedó reconocida por el Papa Gregorio XV la santidad de otros tres españoles: Francisco Javier, Teresa de Jesús e Ignacio de Loyola.

Cierto es que desde más lejana fecha disfrutaba fama, muy extendida, de santo milagroso el modesto servidor de los Vargas, y que en Castilla era veneradísimo y aun tenía templos a cuyos altares le había elevado la voluntad popular, resucitando añejas formas de canonización; pero a ésta faltábale la suprema sanción del Pontificado, que no se pudo conseguir, conforme queda dicho, hasta el siglo XVII.

Patentizase con más de veinte obras escritas por aquel entonces de qué forma nuestros antepasados acudieron a

satisfacer los cuantiosos derechos de la curia romana, y léese en algunas de ellas cómo el Santo correspondió con creces a lo hecho por sus devotos.

Así, por haber donado Juan López diez escudos sanó de una grave enfermedad que los médicos habían declarado incurable, e igual le ocurrió al regidor don Antonio Díaz de Navarrete, en premio de una limosna de dos ducados.

La canonización del bendito Isidro

ta y oro que le habían ofrendado, años atrás, los principales orfebres de la corte.

En aquella extraordinaria manifestación religiosa tomaron parte cientos de frailes y curas, muchos prelados, los Tribunales y Consejos, el Ayuntamiento, su majestad D. Felipe IV, los señores infantes y buen número de individuos pertenecientes a la grandeza.

Poco tiempo antes se había celebrado,

ta, el día 15 de mayo, e instituyóse una procesión anual, que debió celebrarse con bastante aparato, a juzgar por lo que se dice en el interesante libro *Virtud al uso y mística a la moda*.

Por cierto que en esa obrita se ve claramente que no es de ayer el abuso de testable de invadir las casas de los amigos y conocidos cuando desde los balcones de las mismas se puede disfrutar de cualquier insólito espectáculo callejero.

Más antigua costumbre, sin duda, que ésta de celebrar la procesión de San Isidro, fué la de ir en peregrinación a su ermita de la ribera del Manzanares. Hombres y mujeres, curados de muy graves dolencias merced a la intercesión del Santo, iban allí, sin distinción de días ni meses, a rendirle público testimonio de agradecimiento, y no fueron pocos los peregrinos que subieron de rodillas la áspera pendiente que, desde la llamada *carrera*, conducía al primitivo santuario, sito donde el actual, y que, según es notorio, costó la emperatriz Isabel por haber sanado de unas calenturas el César Carlos y su hijo el príncipe D. Felipe bebiendo el agua prodigiosa de la fuente que todos conocemos.

Pero si datan de la décimosexta centuria las visitas al bendito taumaturgo es bastante menos antigua la costumbre de acudir a la pradera para merendar y divertirse durante las últimas semanas del más florido de los meses.

¿En qué tiempo empezaron tan alegres jiras? Difícil es decirlo. Barrionuevo asegura que el día 15 de mayo de 1658 se hundió un puente de tablas, vecino a la vieja ermita, y que cayeron al agua no menos de trescientas personas.

Sin este aviso, cuya autenticidad juzgo indiscutible, yo afirmaré rotundamente que la romería que nos ocupa no empezó a celebrarse hasta muy avanzado el siglo XVIII.

Mueve a pensar así el silencio de los mismos escritores cortesanos que describen otros romerajes (el Trapillo, Santiago el Verde, etc.), y robustece tal pensamiento el no ignorar que uno de los tres días en que durante el año—claro es que hablamos de hace siglos—se corrían toros en esta corte era el 15 de mayo.

Sea lo que quiera, concédasele grande o pequeña importancia a la noticia conservada por Barrionuevo, es mi opinión humilde, quiero repetirlo, que hasta fines del siglo XVIII no llegó a su apogeo la campestre fiesta del Patrón de Madrid.

Fué entonces cuando D. Ramón de la Cruz escribió su conocido sainete *La Pradera de San Isidro*; fué entonces cuando el maestro Goya pintó su famoso cuadro *La Pradera de San Isidro*; fué entonces cuando madrileños y madrileñas, sólo hallándose enfermos y en peligro de muerte, dejaron de asistir a la pradera de San Isidro.

José FERNÁNDEZ AMADOR DE LOS RÍOS



SAN ISIDRO EL LABRADOR.—AGUAFUERTE DE GOYA

produjo singular alegría entre los madrileños, no menos gozosos de ver reconocidas por Su Santidad las cristianas virtudes de los bienaventurados mencionados anteriormente. Pobres y ricos uniéronse para festejar la exaltación de los cuatro santos españoles, y el 20 de junio de 1622, a las cuatro de la tarde se organizó, junto a la iglesia de San Andrés, una procesión con todas las cruces y pendones de los conventos y parroquias, las señeras o estandartes de los canonizados, las imágenes de éstos, labradas por los escultores más notables, y, al final, el cuerpo incorrupto de San Isidro, dentro de la urna de pla-

ta en honor del glorioso madrileño, la famosa justa literaria, de que tan curiosas noticias nos ha legado en dos romances, no muy conocidos, el insigne poeta Lope de Vega Carpio.

A ella, según el Fénix, acudieron con los más ilustres escritores, tantos ingenios de menor cuantía que

tres baúles de a seis varas,
un cofre y dos arcos grandes

se llenaron de coplas referentes a la vida y milagros del santo Isidro.

No puntualizadas las fechas en que éste nació y murió, como ya expusimos anteriormente, acordóse celebrar su fies-

LOS ZAPATOS Y LOS FAISANES

CUENTO PARA NIÑOS POR PINOCHO

En un pueblecito vivía un zapatero llamado Crispín, que—cosa muy natural en un zapatero—se pasaba la vida haciendo zapatos.

Crispín era pobre, y como quería ser rico, abusaba de sus parroquianos, sacándoles cuantos más cuartos podía, cosa que, desde luego, no está ni medio bien.

Un día, un mozo del pueblo, amigo de la infancia de Crispín y llamado Gervasio, fué a encargarle un par de zapatos de charol.

—Me caso pasado mañana—dijo Gervasio—, y no tengo zapatos para la boda; por lo tanto, me los tienes que tener listos mañana por la noche, sin falta.

Buena ocasión—pensó el otro—se me presenta de «clavar» a un parroquiano, y más siendo éste amigo. Y dijo en voz alta:

—Ya que tanta prisa te corren, dejaré todos los encargos apremiantes que tengo; pero tendrás que pagarme el doble.

—Trato hecho—contestó Gervasio, que, como hombre que se halla en vísperas de boda, estaba de excelente humor y dispuesto a transigir con todo.

Crispín se dió prisa, y antes de la hora indicada los zapatos estaban concluidos. Pero cuando el novio fué en su busca, el muy granuja se guardó muy mucho de entregárselos, y le recibió gimiendo y llorando a más no poder:

—¡Ay! Se ha apoderado de mi cuerpo no sé qué enfermedad, que me ha impedido acabar tu encargo, y ahora no tengo más remedio que meterme en la cama.

Gervasio, desesperado, empezó a suplicarle que hiciera un esfuerzo, exponiéndole la situación en que se hallaría al tener que conducir a su novia al altar calzado con los zuecos de trabajo. Por fin, Crispín fingió ablandarse:

—Vaya—dijo—, por hacerte un favor seguiré trabajando, en lugar de cuidarme. Sin duda, me va la vida en ello, y supongo que sabrás recompensar tal sacrificio.

—Te daré un escudo más—consintió Gervasio.

—¡Un escudo!—gritó Crispín—. ¿Por un miserable escudo quieres que arriesgue irme al otro mundo? Han de ser por lo menos cuatro.

Gervasio protestó, se enfadó; pero ante la perspectiva de quedarse sin los zapatos hubo de conformarse, y prometió volver por ellos dentro de una hora.

Volvió, en efecto; pero Crispín le recibió gimiendo como un condenado:

—¡Mi estado empeora por momentos!—decía el bribón—. ¡Y aún falta clavar las suelas! Pero yo prefiero perderlo todo y meterme en la cama.

—Te daré aún un escudo, además del precio últimamente convenido.

Ya se maliciaba Gervasio que aquello era una comedia para sacarle los cuartos; pero ¿qué iba a hacer? Aceptó y se marchó, prometiendo volver dentro de otra hora; mientras tanto, el zapatero se quedaba encantado y jurándose hacer durar aún otro poco un juego que tan pingües beneficios había de reportarle.

Pero cuando Gervasio volvió y Crispín le recibió gimiendo: «Aún me falta rematar los tacones...», el mozo le interrumpió vivamente:

—¿Conque no los has concluido, eh? Pues me alegro, porque ya no los necesitas.

—¿CÓ... có... cómo que no los ne... ne... necesitas?—tartamudeó el zapatero.

—Porque mi futuro suegro, viéndome en tal apuro, me ha ofrecido prestarme los que a él le sirvieron para casarse, y que heredó del bisabuelo de un tío de su mujer (q. a. p. d.), y que parece ser que están como nuevos. Conque me alegro doblemente, amigo mío, porque así podrás cuidarte toda la noche, sin tener que trabajar por mí... Y con el dinero de los zapatos que me ahorro beberé mañana unas cuantas copas más a tu salud.

Y se marchó, retorciéndose de risa, dejando al zapatero en tal estado de rabia, que estuvo tentado de hacer trizas los zapatos de charol, de los cuales hubiera podido sacar honradamente un buen precio de no haberlo echado todo a perder su avaricia.

Pero al amanecer prefirió tomar un

—¡Bah!—pensó luego—. Ese viejo imbécil habrá querido asustarme.

Al poco rato acertó a pasar a su lado una buena mujer, montada en un burro y rodeada de cestas llenas de huevos, gallinas y hortalizas.

—De buena gana—exclamó la mujer con entusiasmo al ver a Crispín—daba yo todo lo que llevo por uno solo de esos faisanes magníficos.

—¿Qué faisanes ni qué niño muerto, so chiflada?—preguntó Crispín, molesto por lo que él creía una broma.

—¡Hay que ver al grosero!—contestó la mujer, indignada—. ¿De qué faisanes voy a hablar más que de los que llevas colgando de ese palo, y que ojalá se te volvieran tarugos de madera?

Maquinalmente, Crispín volvió la ca-

Y, loco de contento, sin preguntarse cómo se las habrían arreglado los zapatos para transformarse en aves, siguió andando más de prisa, calculando ya el precio que sacaría en la ciudad a los supuestos faisanes.

Ya se hallaba cerca de la ciudad, cuando pasó un magnífico carruaje, en el que iba un señor con traje de raso y chambergo empenachado. Al verle el señor, mandó a su cocherero que parase los caballos, y dijo, dirigiéndose a Crispín:

—¡A fe mía, que jamás vi tan estupendo par de faisanes! De buen grado te pagaría por ellos tres monedas de oro.

—Ponga usted el triple—dijo Crispín con insolencia.

El otro se echó a reír.

—A ese precio—dijo—temo que se me indigesten.

La carroza desapareció tras una nube de polvo, y Crispín entró en la ciudad. Se fué a la plaza y allí se instaló con los zapatos; pero tan exageradas eran las pretensiones de Crispín, que no encontraba comprador.

De pronto, vió acercarse a un criado vestido de rojo y cubierto de bordados galones y botones de oro.

—El rey, mi amo—dijo el criado—, ha oído decir que vendes un par de faisanes extraordinarios, y desea que esta noche se sirvan esas maravillas en su regia mesa. ¿Cuánto pides por ellos?

—Esta es la mía—pensó el zapatero.

El criado pagó sin pestañear el precio exorbitante que le pidió, y se llevó los supuestos faisanes.

Con los bolsillos llenos de oro, Crispín triunfante y glorioso, se volvía a su pueblo, cuando, de pronto, oyó un gran ruido y vió llegar numerosos guardias a caballo, que le rodearon con grandes vociferaciones.

—¡Este es el miserable impostor—gritaban—que ha vendido a su majestad un par de zapatos en lugar de faisanes.

El desdichado Crispín fué cogido, matado y arrastrado al palacio real entre los gritos indignados de la muchedumbre.

El rey tenía cara de pocos amigos, además recibió al acusado frunciendo el entrecejo de un modo terrible.

—Tu engaño—dijo—no merece más que un castigo: la muerte.

Ya los guardias se disponían a llevar al patíbulo al infeliz Crispín, tembloroso y aterrado, cuando una voz dijo:

—Deteneos; ahora me toca hablar a mí. Y Crispín vió al vejete que le pidió limosna; pero vestido con soberbio batido de terciopelo y gorro de oro y brillantes.

—Soy—dijo el vejete—el mago de su majestad, y suelo disfrazarme de mendigo para probar la caridad de sus súbditos. En castigo a tu dureza, embriagué tus zapatos; pero creo que la lección ha sido suficiente.

El rey entonces abandonó su «cara fea» para reírse a mandíbula batiente por la ocurrencia de su ingenioso mago. Y aun le hizo tanta gracia la aventura que perdonó al zapatero y le nombro proveedor de la real casa.

Desde aquel día, Crispín se curó de su avaricia y no volvió a abusar de sus clientes. En cuanto a sus zapatos, no volvieron a transformarse ni en faisanes ni en aves de ninguna clase.



partido más práctico y más productivo:

—Llevaré los zapatos a la ciudad—pensó—y allí los venderé en el mercado. Los colgó de un palo, se echó el palo al hombro y se fué hacia la ciudad.

Aún no había salido del pueblo, cuando se le acercó a pedir limosna un vejete, de aspecto famélico y vestiduras hechas jirones.

Si Crispín hubiera sido bondadoso, le habría dado una limosna sin vacilar; si hubiera sido siquiera listo, se habría acordado de que los ancianos que piden limosna en los cuentos son a menudo brujos dotados de algún poder hechicero capaz de castigar o recompensar a los transeúntes según los tratan.

Pero Crispín no era ni bueno ni listo, rechazó brutalmente al vejete, y entonces éste hizo unos signos misteriosos, pronunció palabras cabalísticas y desapareció como si se hubiera volatilizado. Crispín se quedó aterrado.

beza, mientras la mujer se alejaba al trote de su borriquillo. Lo que colgaba del palo ni eran faisanes, ni eran tarugos de madera, sino, claro está, los zapatos de charol.

Crispín se encogió de hombros. Al poco rato vió llegar a un cazador, que venía sudoroso y traía su morral vacío. El cazador se paró y se quedó mirando a Crispín con gran admiración.

—¡Caramba, amigo!—exclamó—Llevo dos horas cazando sin dar ni con una mala perdiz, y usted, sin escopeta ni perro, se trae un par de faisanes como no vi otros tan hermosos en mi vida. Eso es suerte, y lo demás es tontería.

Esta vez Crispín empezó a meditar seriamente:

—No cabe duda—murmuraba—de que llevo faisanes, aunque a mí me sigan pareciendo zapatos; no es posible que se equivoque todo el mundo; el equivocado dabo de ser yo.

Dibujo de BARTOLOZZI.

PINOCHO

❧ PORQUE ÉL LA QUERÍA... ❧

NOVELA CORTA ORIGINAL DE JOSÉ MONTERO ALONSO

La campana de la estación vibró con insistencia anunciando la hora de partida, y el tren comenzó a andar lentamente, parezosamente... José María, desde la ventanilla, se despedía, con la mano, de Encarna, que quedaba en el andén agitando el airón trémulo de su pañuelo blanco...

Salió el convoy de la marquesina de la estación, y su marcha empezó a ser más ligera. La columna de humo de la máquina se señalaba limpiamente sobre el azul puro e intenso del cielo de la tarde; una tarde de fines de agosto, llena de esa serenidad y esa quietud voluptuosa que hay en las jornadas últimas del estío...

Después de estar un rato asomado a la ventanilla, José María volvió dentro y se dejó caer, abandonado, sobre el asiento blando del coche de primera. Estaba solo en el departamento. Pero, en realidad, no podía llamarse soledad a aquel estado suyo. La figura de ella, de Encarna, de la mujercita que en la estación quedó, estaba ante él constantemente. Y junto a ella, con tenacidad dolorosa, estaban los recuerdos, y los presentimientos, y las ideas torturantes, y las malditas inquietudes... Derrumbado en el asiento del coche, inmóvil la mirada en un punto lejano e invisible, José María, preso en el maleficio de un ensueño, no se daba cuenta de cómo ante él iba pasando el tiempo y el paisaje. Parecía embriagado por el licor agri dulce del recuerdo, absorto en la dolorosa contemplación de su vida interior. Todos sus pensamientos, todos sus recuerdos, eran rubricados por una misma interrogación de angustia... ¿Sería posible que ella — ¡ella, la mejor sonrisa de su vida! — le traicionase?... ¿Sería posible que en aquellos dulces ojos negros y en aquellos suaves labios rojos pudiesen haber la traición, la falsía, el desamor?...

Para su alma de hombre de cuarenta años, sólo y sin afectos, el amor de Encarna era algo vital, necesario, imprescindible... La conoció hacía tres años, cuando ella era modelo en el estudio de un artista amigo. Le cautivó la muchacha con aquellos ojos, dulces y tristes; con aquella boca, siempre florecida de sonrisas; con aquella charla, que era al mismo tiempo desavuelta e ingenua, pícaro y pueril... La alegría joven de ella fue como un suave remanso de optimismo para su corazón de hombre que empezaba a saber de los posos amargos de la vida...

Se enamoraron los dos, y él entonces trasladó los pocos bártulos de su piso de soltero a un hotelito que alquiló en la calle espaciosa y clara del Príncipe de Vergara.

No era ella una de estas amantes vulgares que a los dos días de tratadas habían, porque son siempre iguales y no aciertan a mostrar, a cada nueva jornada,

un matiz diverso, un encanto distinto, una nota insospechada; todo lo que constituye, en fin, el secreto de la felicidad en amor. Encarna sabía ser, cada día que pasaba, como una mujer nueva, llena de un atractivo diferente y de una sugestión desconocida. Encarna lo era todo para José María: sabía tener para él ternuras de madre, y suavidades de hermana, y sentimentalismos de novia, y palabras de amiga, y caricias de amante...

Durante los tres años que llevaban viviendo juntos en el hotelito madrileño de la calle del Príncipe de Vergara, po-

Leonardo, su amigo del alma, se lo venía diciendo desde hacía varios días. Y lo aseguraba con detalles y con palabras, que él quería rechazar, que él se obstinaba en no creer, prefiriendo seguir en el engaño piadoso de aquel amor...

Por fin, José María, llevado a ello por su amigo, aceptó una prueba, aun doliéndole el corazón por temor a la certeza desgarradora. Fingió, en combinación con Leonardo, un viaje al Norte, a Santander, para que ella le creyese ausente de Madrid durante varios días. Y diciendo que iba a Santander, partió

Era Leonardo, que le llamaba desde el andén.

Estaba ya en Villalba. Bajó precipitadamente del coche y se juntó a su amigo. Juntos, ceñudos, sin apenas cambiar palabras, salieron de la estación. Montaron en el automóvil que les esperaba y partieron hacia Madrid, hacia el Madrid de donde una hora antes salió José María...

Durante el camino apenas hablaron. José María luchaba con su punzante duda, que no tardaría en ver resuelta. Leonardo sufría al ver atormentado de aquel modo a su mejor amigo, a quien una mujer había envuelto, primero, en un triste ridículo, e iba a sumir, ahora, en un hondo dolor si la voluntad no conseguía dominar al sentimiento.

Además, la quieta melancolía de la tarde, que empezaba a morir, les iba invadiendo de nostalgia y sentimentalismo. El cielo tenía suaves tonalidades de violeta, y al fondo, en el horizonte, la agonía teatral del sol llenaba de oro y púrpura el cielo. En la inmensa cúpula celeste, llena de tonos pálidos, brilló el punto luminoso del primer lucero del atardecer...

Ya estaban casi en la ciudad. Dejaron atrás Puerta de Hierro y entraron en la Bombilla. De los dos lados de la carretera salían las notas sentimentales de un organillo o de una orquesta, a cuyos compases las parejas, muy unidas, iban trenzando los pasos complicados de los bailes de moda. Y aquel ritmo canalla y melancólico de la música sonando en el atardecer, llenaba aún de más honda tristeza el espíritu de José María, que cada vez se sentía con mayor angustia por estar más cerca de la verdad, que hubiese preferido no saber nunca...

Dejaron el automóvil en el cruce de la calle de Velázquez con la de Goya. Subieron los dos por esta última calle y torcieron luego por la del Príncipe de Vergara, oscura y silenciosa, en busca del hotelito que fué hasta entonces claro refugio de amor...

Iban silenciosamente, ceñudamente. Llegaron frente al hotelito y, con cautela, se colocaron en sitio desde el que pudiesen ver sin ser vistos. Uno de los balcones — el que correspondía al cuarto de los amantes — estaba abierto, y tras él se veía parte de la habitación iluminada. Tras algunos minutos de espera, se asomó al balcón ella, Encarna... Al verla, el corazón de José María latió más descompasadamente. El hombre sintió ganas de atropellar por todo y subir al hotel y arrojarle ante Encarna pidiéndole perdón por aquel ridículo espionaje...

Pasaba el tiempo, y ella, con breves intervalos, seguía en el balcón. Escrutaba la calle en sombras y parecía esperar



cas tormentas turbaron el curso sereno de sus días. Dos infidelidades de ella amenazaron en dos momentos la felicidad del nido. Pero en él no fueron sino sospechas de infidelidad, y prontamente perdonó, con un perdón acaso un poco egoísta, toda vez que lo hacía por la propia conveniencia; no lo hacía, en realidad, por quererla a ella, sino porque sin ella no sabría vivir. Y como la infidelidad no pasó de ser una sospecha — no quiso él que pasara de ser una sospecha —, perdonó pronto, contento y deseoso de ello. Prefería siempre una dulce mentira que le hiciese feliz a una triste certeza que le desgarrase. Pero ahora...

Ahora, esta triste certeza parecía batir sobre él sus alas de maleficio.

aquella tarde de Madrid, mientras en la estación quedaba Encarna, despidiéndole casi con lágrimas en los ojos... ¡La maldita, cómo sabía fingir!...

En Villalba le esperaba Leonardo para volverse a Madrid en un automóvil. Y ya en Madrid, buscarían, espiando a Encarna, la verdad de la traición. Y después — un después terrible y escalofriante —, José María sería inflexible: la abandonaría, la olvidaría, pese a todo, para siempre, para siempre... Eso si la ceguera de su rabia no le hacía cometer cualquier locura...

Unas voces le sacaron de su inmóvil estado, de aquel estado en que el recuerdo le absorbía totalmente:

— ¡José María! ¡José María!...

a alguien. Luego, como cansada, se retiró a la habitación. Poco después, José María y Leonardo vieron, desde la calle, apagarse la luz y salir en seguida del hotel a Encarna, que se quedó delante de la puerta, dando breves paseos en espera de alguien que tardaba en llegar. A veces, se alejaba demasiado del hotel, y parecía que José María y Leonardo iban a perderla de vista entre las sombras... Pero prontamente se volvía ante la verja, y de nuevo los dos amigos la tenían al alcance seguro de sus miradas anhelantes. Además, el pequeño sombrero rojo que llevaba la hacía difícilmente confundible...

Era cada vez más apasionante la loca ansiedad de José María, ansiedad que culminó en un instante de suprema emoción cuando vio que a Encarna se acercaba un hombre de traje claro... Ya estaba allí la certeza, la viva y maldita certeza de la traición. Una última ráfaga de esperanza que había quedado en el espíritu atormentado de José María huyó definitivamente, vencida por la crueldad de aquella certidumbre...

Encarna y el hombre que llegó echaron a andar en dirección a la calle de Alcalá. Al llegar a Jorge Juan, torcieron, para bajar por esta calle hacia la plaza de Colón. Encarna iba, rendidamente, colgada del brazo del hombre... El la hablaba acercando mucho su rostro al de ella, que se inclinaba, mimoso y rendido, sobre el hombro del amante...

Leonardo y José María, casi inconscientemente, les iban siguiendo. Iban silenciosos, amparándose en las sombras, como si temieran ser vistos en aquel espionaje. José María sentía las sienes martilleantes, la boca seca, loco el corazón, fría la espalda... Un sordo zumbido le trepidaba sobre el cerebro febril. Un puñal invisible le destrozaba las entrañas. Si hubiese tenido fuerzas habría gritado, o habría llorado, o habría hasta matado. Pero se sentía inútil, vencido, aplastado ante el peso brutal de aquello...

Al finalizar la calle de Jorge Juan torcieron por Recoletos, hacia la izquierda. Cruzaron todo el paseo y subieron por Bárbara de Braganza, oscura y poco transitada. Y siempre, detrás, recatándose en los momentos en que pudieran ser vistos, José María y Leonardo...

Encarna seguía, rendida, apoyada en el brazo de él. Iban juntos, muy juntos, entregados plenamente a su idilio y absortos de todo lo que no fuese la alegría honda de aquellos momentos...

José María iba sintiéndose cada vez peor. Leonardo lo comprendió así, y a viva fuerza, cuando llegaban a la plaza de las Salesas, lo arrancó de aquel seguimiento, llevándose a calles distintas de las que la pareja iba recorriendo. Encarna y el hombre siguieron por Fernando VI, en dirección a Hortaleza. Leonardo metió a su amigo por la calle del Barquillo, ruidosa y brillante a aquellas horas. Al verse en ella, llena de voces, de ruidos, de luces, a José María le pareció que volvía a un mundo distinto, como si entrase a la vida después de unas crueles horas de pesadilla. ¿No habría sido víctima de un sueño, de una alucinación?... Pero no. Todo el peso amargo de la realidad cayó sobre él, abrumándole... Ahora sentía como despierta su sensibilidad, que antes le pareció adormecida por el hachazo brutal de la escena. Antes, todo su espíritu quedó como acortezado, rígido, insensible... Ahora, se humanizaba, y al humanizarse, comprendiendo la inmensa amargura de aquella desilusión, lloraba, con llanto que le quemaba el alma y le arrasaba las pupilas...

Y mientras tanto, la vida en las calles céntricas de la ciudad seguía ajena a todo dolor, impasible a todo fracaso,

despreocupada ante toda desilusión. La gente iba con su prisa o su lentitud de siempre; los escaparates mostraban los mismos marcos luminosos de todos los días... Era la vida, que seguía con su impasible, con su eterna crueldad...

Leonardo no quiso dejar solo a su amigo. Cenaron juntos en un restaurante, y luego fueron a un colmado puesto a estilo andaluz. Allí, bebiendo incesantemente, sintieron dar la una, las dos, las tres de la madrugada... Hasta que José María, rendido, borracho de pena y de vino, sin poderse dar cuenta de nada, dejó caer la cabeza sobre la mesa en que aún quedaban algunos restos del dorado vino andaluz...

A la mañana siguiente, José María envió una carta, breve y seca, a Encarna. «No quiero ser por más tiempo—decía—juguete tuyo. Lo sé todo, y desde ahora no volveré a verte. No siento el abandonarte, sino el haberte querido.»

Lo escribió, mientras sus ojos eran anublados por las lágrimas y el corazón se le rompía dentro del pecho. Pero estaba decidido. No podía consentir aquello por más tiempo, y, además, fuese como fuese, la olvidaría, la olvidaría...

Y, decidido a olvidarla, empezó una vida de desorden y de ruido. Quería que la brillantez y el estruendo de lo exterior hicieran callar la voz desconsoladora del alma. No quería oír la voz de su sentimiento, que clamaba por el amor perdido... Deseaba aturdirse, cegarse, emborracharse constantemente, para que no pudiese quedar un solo momento en que el recuerdo proyectase sus sombras melancólicas...

En esta su nueva vida de brillantez y ruido aturdidores, le acompañaba siempre Leonardo, su amigo del alma, que, ahora más que nunca, no quería dejar solo a José María... Iban juntos a los «cabarets», a los bailes, a las fiestas, que eran estéril morfina para el dolor del pobre amante engañado...

Acababan siempre con los ojos encendidos y brillantes; la boca, sonriente y palabrera; el alma, brincadora y como rejuvenecida... Se retiraban a casa cuando amanecía, cuando el cielo era de un azul muy débil y todas las calles estaban envueltas en una trémula quietud y en una indecisa claridad borrosa. Pero luego, cuando la embriaguez se iba y de nuevo volvía la luz a sus ojos y a su alma, José María sentía más hondos el vacío y el tedio de su desamor...

Lloraba por la pérdida de su ceguera, de aquella ceguera que le permitía creer en Encarna, y quererla, y desearla, y acariciarla... Aquella ceguera era su vida toda, y por continuar envuelto en su vanda de ilusión hubiese dado cualquier cosa. Nunca fué tan feliz, nunca sería tan feliz como con Encarna, la mujer que sabía tener para él, al mismo tiempo, ternuras de madre, y suavidades de hermana, y sentimentalismos de novia, y palabras de amiga, y caricias de amante...

Y ante este dolor que no le abandonaba, y ante esta nostalgia, cada vez más honda, de las palabras y las caricias y los mimos de Encarna, José María sentía flaquear sus propósitos de olvidarla para siempre...

Pero, ¡bah!, fuera sentimentalismos y vacilaciones. Había que ser fuerte, que dominar aquel loco sentimiento, que vencer aquella pasión maldita...

Sería implacable, no se dejaría dominar fácilmente por sugerencias del corazón. Antes, aquellas dos veces en que él no quiso saber toda la verdad, perdonó. Pero ahora, no. Era demasiado grande el golpe de la traición y demasiado grande el golpe para perdonar...

Por eso, para olvidarla, seguía obstinado en su vida de alegría y de ruido. Quería alegrarse, embriagarse, aturdirse... El vino ponía fulgores brillantes en sus ojos inquietos y alegría loca en sus labios ávidos; las mujercitas se le enlazaban al cuello con la cadena tibia y suave de sus brazos; el baile le hacía estremecerse en la dulce voluptuosidad de sus ritmos... Y, a pesar de todo, no olvidaba, no olvidaba...

La una de la madrugada, en el lujoso «cabaret». Sobre las mesas dicen su alegría las copas de bebidas rubias. Canta el deseo en las bocas pintadas de las mujeres y en sus ojos brillantes y ennegrecidos por el «rimmel» y por el «kohol». Arde la tentación en la blancura deslumbrante de los escotes, en las serpientes trémulas de los brazos desnudos, en las carnes palpitantes que se adivinan tras la débil defensa de las telas vaporosas... Dice el lujo sus estrofas de oro en las joyas que brillan cegadoramente y en las sedas que crujen con un débil «fru-fru» junto a la estremecida carne femenina...

En el centro del salón el suelo desciende y sirve de sala de baile, cercado por las mesas en que brillan los topacios de las bebidas de oro. Sobre el liso parquet varias parejas trenzan el prodigio voluptuoso de los bailes de moda.

Junto a una de las mesas está José María con Lola la «Claveles». Está triste, ceñudo, inmóvil, con la mirada perdida en un punto lejano. Con el codo sobre la mesa y la cabeza apoyada en la mano derecha, parece absorto, como si tuviese viajero el pensamiento por regiones distantes. La «Claveles», rubia y lánguida, no cesa de preguntarle:

—¿Pero qué te pasa hoy, chaval, que estás así? Nunca te he visto tan imposible...

Era verdad. Nunca había estado José María tan imposible como entonces. Aquella noche, sobre todo, estaba más triste, más nostálgico, más imposible que nunca. El recuerdo le atenazaba, la nostalgia le mortificaba, el corazón no le dejaba de clamar por el amor perdido. Y todo porque pensaba en Encarna, porque él la quería, a pesar de todo.

Había intentado sustituir con el amor de aquella «Claveles» el amor roto de su Encarna. Fué inútil, fué peor... El intento sólo sirvió para sentir más hondo el deseo de volver hacia la dicha perdida.

Desde hacía algunos días era más torturadora su obsesión y más desgarrante su angustia. Todas las mujeres le parecían Encarna, y por todas sentía luego, al conocerlas, el mismo desprecio y la misma tristeza. Muchas veces, cuando José María quería aturdir su pensamiento, el vino le traicionaba y le hacía llorar, con un llanto que movía a risa en los demás, pero que a él le quemaba el alma. La música le ponía como en carne viva el sentimiento, descubriéndose, punzándose, desgarrándose... Todo, en fin, le entristecía, le desesperaba... Obsesionantes, vivos, atormentadores, el nombre, el recuerdo, el amor, la figura de Encarna, no le abandonaban, no le dejaban vivir.

La orquesta atacó un tango que empezaba a estar de moda. Sus compases tenían el alma inconfundible, voluptuosa y triste, melancólica y lenta de todos los tangos. Se arrastraban las notas perezosamente, templaban los compases con infinita tristeza, sollozaban con ritmos suaves los violines una pena de amor...

Lola empezó a cantar, en voz baja, la letra del tango, por distraerse:

«... que ando muy solo y estoy muy triste desde que supe la cruel verdad.»

Al escuchar cómo cantaba a su lado la «Claveles», José María pareció despatarrarse. Fué el sortilegio del tango, que rimaba con absoluta justeza con su estado sentimental. El repetía mentalmente los versos de la canción, que se le clavaba con pena infinita en el alma. Todas las frases que Lola cantaba se las aplicaba a sí mismo, porque se ajustaban a su tristeza con precisión terrible. La «Claveles» seguía:

«... que anoche juntos les vi a los dos. Quise vengarme, matarla quise; pero un impulso me serenó...»

¡Qué dolorosa realidad adquirirían para él aquellas frases! Así, como en la letra del tango, les vió a los dos, amparados en las sombras de la noche. Y así también, como en la letra del tango, quiso vengarse, matándola...; pero no pudo, y el dolor le hizo llorar como un niño... Los ritmos de la música tenían para José María un poder brujo que le fascinaba con el veneno de su melancolía, con la tristeza de su pena de amor...

El tango seguía, lento, ondulante, triste... Sus compases se retorcián en el «cabaret» como blandas serpientes líricas. Y Lola, la «Claveles», cantaba:

«... Olvide, amigo, dirán algunos. Pero olvidarla no puede ser; y si la mato, vivir sin ella, vivir sin ella nunca podré...»

Aquello mismo le decían a él algunos amigos: olvido; la palabra más fácil, pero el sentimiento más costoso y doloroso. Pero no la podía olvidar porque estaba dentro, muy dentro de su corazón y de su vida. Y si la mataba no podría vivir sin ella, porque él la quería, porque aquella mujer lo era todo para él... Hallaba un placer morboso, una voluptuosidad cruel, una tristeza grata en oír aquellos versos que parecían escritos para él. Veía proyectado en ellos su drama, amargo y vulgar...

El tango finalizaba. Morían las notas como lágrimas líricas, y temblaban los últimos latidos de su melancolía. La «Claveles» cantó los versos finales:

«... Quiero alegrarme con este vino, a ver si el vino me hace olvidar...»

También José María quería alegrarse de aquel modo, para ver si en el fondo de las bebidas rubias estaba el secreto, nunca encontrado, del olvido. Pero todo era inútil ante la fuerza, dolorosa de tan intensa, del recuerdo...

Aún le dolía sobre el corazón la pena de amor de aquel tango, que era su misma pena de amor, cuando la orquesta atacó unos nuevos compases. Era otro tango, un tango que él había oído infinitas veces, pero que nunca como hasta ahora llegó a sentir tan hondamente; por sus versos y por su música. El tango, de tan repetido, se había hecho ya vulgar; pero a José María le pareció una canción nueva. La «Claveles» empezó a cantar:

«Perdona que me amuraste en lo mejor de mi vida, dejándome el alma herida y espina en el corazón...»

Los versos de la canción caían como gotas envenenadas sobre el alma del pobre amante engañado. El tango, como una sonora serpentina, ondulaba en el ambiente del «cabaret» y se clavaba con emocionada intensidad sobre el espíritu desgarrado de José María, a quien también una *percanla amuró*, como en la letra de la canción...

«... Si sabías que te quería, que vos eras mi alegría y mi sueño abrasador. Para mí ya no hay consuelo

y por eso me encurdele
pa olvidarme de tu amor...

Igual, exactamente igual en su alma que en el tango. Las lágrimas parecían nublarse los ojos a José María, ante el maleficio de la música. Lloraba su alma e iban a llorar sus ojos...

Cuando acabó el tango, y con él acabó Lola de cantar, José María quedó absorto, como si sobre él aún durase el efecto de la música. La orquesta tocaba ahora un «shimmy». Pero José María, queriendo escuchar de nuevo la tristeza del primer tango, rogó a la «Claveles»:

—Anda, Lola, canta otra vez lo de antes. Quiero oírlo de nuevo, porque es muy bonito... En voz baja, así... Que solamente le oiga yo...

Y Lola empezó de nuevo el tango, en voz baja, muy cerca de José María, para que lo oyese mejor. Y otra vez dijo la crueldad y la tristeza de los versos:

... Que ando muy solo y estoy muy triste desde que supe la cruel verdad...

Al acabar la «Claveles», a José María se le saltaban las lágrimas. No podía remediarlo. Aquel dolor, aquella hoguera que le subían del pecho eran más fuertes que su voluntad. Su pena le desgarraba. Y sin poder más, agobiado, transido, se dejó caer de bruces sobre la mesa, llorando...

De un grupo cercano salió la frase de siempre, heridora, incomprensiva y cruel:

—¡Anda! Uno que ya la ha cogido llorona...

Aquella tortura que desde que dejó a Encarna le venía atormentando se hizo en el espíritu de José María un deseo concreto e ineludible de volver a ella, de ir de nuevo hacia sus caricias y sus mimos, de sentir otra vez la dicha única de su amor...

Este pensamiento le absorbía constantemente. Todas sus ideas, sus deseos, sus sentimientos, convergían en un mismo anhelo: volver a ella, porque él la quería... No le importaba nada la forma en que había de hacerlo, ni las condiciones en que volvería, ni lo que de él pudieran decir. Sólo le importaba su felicidad, y la felicidad suya estaba allí, en la dicha que perdió, en las sonrisas y en los mimos de Encarna...

No era aquello cobardía, ni debilidad, ni triste resignación, ni derrota lamentable; era, simplemente, egoísmo, un egoísmo que le hacía buscar la felicidad, se hallase donde se hallase... Si ahora la felicidad estaba en Encarna, a Encarna había que ir, despreciándose de inútiles prejuicios, de absurdos sentimientos, de convencionalismos sin corazón...

Por ello, porque él la quería, por un egoísmo hondo que los demás juzgarían triste resignación, José María deseaba volver a Encarna. Y para empezar la labor de acercamiento, aprovechó el encontrarse una tarde, en Regina, a Charito, una de las mejores amiguitas de Encarna... Empezaron a charlar, sentados ante una de las mesas de la terraza, a la hora brujal del atardecer...

—Bien, Charito, bien... Está usted más bonita desde la última vez que la vi. Ya hará más de un mes de ello, ¿no?

—Sí, ya lo creo. Es que no hay medio de echarle a usted la vista encima, hijito... Por supuesto, tan ingrato como todos...

—¿Ingrato yo?... ¡Por Dios, Charo!

—Y encima querrá usted que no se lo llame... Después de lo que ha hecho usted con la pobre Encarna...

—Charito, hableme en serio y no me recuerde eso, por favor...

—En serio le hablo, hombre de Dios... ¿Le parece a usted bien lo que ha hecho

con ella?... Así está la pobrecita, hecha una Magdalena... ¡Ay, los hombres, los hombres!

Ante las palabras de Charito una dulce claridad de amanecer iba llenando el espíritu dolorido de José María. Las frases piadosas de la amiga de Encarna caían sobre él como gotas de un bendito licor de consuelo. Poco a poco José María veía en lo que Charito le contaba un anuncio dichoso de su amor recobrado, de su ventura que volvería a empezar. Entre los dos, con medias palabras, con pensamientos que fácilmente se comprendían, sin llegar a exteriorizarse del todo, fueron conviniendo el arreglo, la reconciliación que con tan fervoroso deseo buscaba José María...

¡Gracias, Señor, gracias!... Desde el corazón de José María—que le golpeaba locamente en el pecho ensanchado—subía, desbordándose por los ojos y los labios, una maravillosa oleada de felicidad. Era una felicidad que le humedecía los ojos, y le ponía palabras temblorosas en los labios, y le hacía nacer una alegre inquietud sobre la carne estremecida... Y en sus ojos y en sus labios y en su carne y en su corazón cantaban las mismas palabras: ¡Gracias, Señor, gracias!...

José María tenía el momento en que los dos habían de volverse a ver, después de sus jornadas de separación. Pero, al



contrario de lo que esperaba, la escena resultó muy poco violenta, muy poco difícil... Sólo al principio hubo unas lagrimillas, unas frases cortadas de ella; en seguida, la jubilosa alegría de su amor recobrado le hizo olvidar todo y aturdirse en la dicha cascabelera de la pasión que volvía a empezar...

—¡Qué ganas tenía, chiquilla, de volver a estar contigo! Y ahora, junto a ti, ¿qué me importa todo, sea lo que sea, si me emborracha de felicidad esta loca alegría de tenerte a mi lado?...

José María, junto a Encarna, que le retenía la cabeza con la suave y blanca cadena de sus brazos, se dejaba envolver en las caricias sabias de la mujer-cita...

El amante sacó de un bolsillo un paquetito, del que extrajo unos costosos pendientes, que hicieron palmotear de júbilo a Encarna...

—Para que veas que no me he olvidado de nada que pudiera hacerte agradable el volver a comenzar nuestro amor. Y además, toma estos billetes, porque me figuro que estos días no habrás andado muy bien de dinero...

—Y que lo digas, chiquillo... Con lo que tenía cuando me dejaste apenas había para nada. He tenido que empeñar algunas cosas, y ya pensaba estos días en irme del hotelito a vivir en cualquier piso modesto. ¡Si vieses cómo las he pasado!... Aparte de lo otro, de la rabieta que me has hecho coger con tu abandono. Eres como todos los hombres, José María... Tan ingrato como todos...

—Pero mujer...

—Sí, sí. No intentes disculparte. Lo que has hecho conmigo no tiene perdón de Dios..., aunque lo tenga mío. ¿Te parece bien, de la noche a la mañana, dejarme así, sólo por los chismes que te haya podido contar cualquier amigo? Lo dicho: un ingrato, un perfecto ingrato...

—Por Dios, nena, no digas eso... Después que transijo con todo, sólo por lo mucho que te quiero...

—¡Ah! ¿Pero es que todavía seguirás creyendo que te engañaba y que aquél con quien me viste era también algún amante mío?... ¡Por Dios, José María!... Aquello, te lo digo de veras, era sólo para darte achares. Sabía que desde aquel día ibas a seguirme y, francamente, aquello me molestó mucho, me hirió en el alma... Y busqué, desechada, aquel modo de vengarme, de hacerte rabiar... Pero créete que después me he arrepentido más de ello... Si llego a saber que tú lo hubieses tomado así, en la vida lo hago... Perdóname, nene, perdóname...

—No tienes nada que decirme, Encarna...

—Vamos a ver, para que te convenzas: ¿hasta dónde nos seguiste?...

—Espera que recuerde... Me parece que fué hasta las Salesas. Eso es, hasta las Salesas...

—Claro... Pues poco después, al llegar a Hortaleza, nos separamos. ¡Y si vieses qué noche pasé!... Toda ella llorando... Y después, los otros días, la rabia, el pícaro amor propio me impidieron llamarla, escribirla... Pero estaba deseando que volviésemos a arreglarnos, porque tú solo eres el hombre a quien he querido. No sabes lo que sufrí y lo que me arrepentí estos días. ¿Me perdonas, chiquillo, me perdonas?...

Y él—ante la fascinación de los mimos y las palabras de Encarna—, felicísimo, sin querer saber más, se dejó engañar una vez más, y perdonó, también, una vez más...

Luego, José María se fué. Volvería pronto, para cenar juntos, como hicieron en tantas otras noches iluminadas por la clara alegría de su amor.

Encarna, cuando su amante se fué, corrió al teléfono y pidió comunicación. Cuando la hubo conseguido, preguntó:

—Oiga... ¿Es el Círculo?...

Dió un nombre de hombre, y esperó. En seguida, volvió a hablar:

—¿Eres tú, Enrique?... Sí, tu Encarna. Todo arreglado. Y encima, hasta con dinero. Ya hablaremos, chaval... Hoy, como comprenderás, no puedo ir. Mañana, donde siempre... Sí... Adiós...

Calló Encarna y colgó el aparato...

Mientras, fuera, en la calle, José María era el más feliz de los hombres, porque él la quería, frente a todo, y porque nada le importaba sino estar cerca de ella... Y dentro, en el hotelito del amor y la traición, al colgar Encarna el aparato, temerosa de ser sorprendida, la risa del teléfono, como un sarcasmo, vibraba, irónica y cruel...

José MONTERO ALONSO

Ilustraciones de BARTOLOZZI.

La suntuosa casa "Loewe"

Al pasar por el número 7 de Barquillo, esquina San Marcos, llaman poderosamente la atención los soberbios escaparates repletos de artículos de viaje: cajas, cestas de merienda, objetos todos ellos tan precisos en esta época, e infinidad de artículos de piel de alta fantasía.

En su artístico salón de ventas, punto de cita de nuestra aristocracia, es frecuente ver a nuestra augusta Soberana y a alguna otra persona de la Real Familia, que honran esta casa.

Citamos como de moda actual los bolsos «Venecia» y los contruados con piel batik en colores finísimos, de tanta aceptación entre nuestras elegantes.

Entre otros muchos, un inmenso éxito del Sr. Loewe es la encuadernación de lujo. Podemos citar, muy reciente, las ediciones de los álbums de Ramón y Cajal, sargento Vasallo, López Dóriga, etcétera, que por su depurado gusto honran al obrero español y a la casa que, después de cien años de esfuerzos, logró llegar a tal perfección.

En el «stand» 225 de la Feria de Muestras (Palacio de Hielo) podrán ver, madrileños y forasteros, el más grande alarde de buen gusto y riqueza.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

ULTIMAS PUBLICACIONES

Luis Araquistain: REMEDIOS HEROTICOS.

José Francés: LA DEBIL FORTALEZA.

A. Hernández Catá: EL CORAZON.

R. Pérez de Ayala: HERMAN ENCADENADO.

Paul Verlaine: AMOR.

Guido da Verona: EL CABALLERO DEL ESPIRITU SANTO.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

J. SEGURA, FOTÓGRAFO

Puerta del Sol, 4

En sitio tan céntrico tiene instalado el Sr. Segura su gabinete y galería, con magnífica batería eléctrica y espléndido salón de exposiciones, lleno de hermosos retratos de niños y «bodas» (su especialidad), de verdadero arte, color y relieve.

No dudamos en recomendar tan acreditada casa al público en general, y especialmente a los forasteros que acuden a la villa y corte, sobre todo a los que se dispongan a contraer matrimonio, pues un buen retrato es el mejor recuerdo que puede quedar de fecha tan memorable.

Imp. de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4


MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281



Tapicería y Muebles de lujo
Manuel López
Serrano, 17. Ayala, 60

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ De venta en farmacias

QUIOSCO DE
EL IMPARCIAL
CALLE DE ALCALÁ
ESQUINA A BARQUILLO
Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones



CALLOS

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc. Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)